

---

PARIS 3 de Diciembre de 1851.

Muy señor mio: Estamos en plena revolucion. El Presidente ha dado el golpe de Estado mas audaz que se conoce en la historia, y el mejor imaginado de cuantos tenemos noticia.

La insurreccion comenzada antes de ayer continúa en los barrios de San Dionisio y de San Antonio, á donde acuden grandes masas de tropa. El dia de ayer fué muy agitado; la noche no lo fué menos, y hoy continúa la agitacion, y las tentativas de insurreccion van siendo formidables en los barrios mas ocasionados á revoluciones: hasta ahora, sin embargo, ninguna de estas tentativas ha prevalecido.

El Gobierno está resuelto á ejercer una represion sangrienta: anoche se vió al Presidente patrullar al frente de un regimiento. Si en los Departamentos ha ocurrido algo, se ignora; aunque se susurra que tambien por ese lado hay resistencia.

Por el telégrafo habrá Vd. sabido la deposicion del Presidente de la República, formulada por el centenar de Diputados que se reunieron en la Alcaldia (*Mairie*), del décimo distrito de esta Capital, y que fueron arrestados despues. El Supremo Tribunal de Justicia (*Haute Cour de Justice*) se reunió por su lado, y decretó la acusacion del Presidente, en virtud de sus atribuciones Consti-

tucionales: llegó hasta á nombrar al Fiscal que debia formular la acusacion. Con conocimiento que tuvo de esto la Autoridad, fué disuelto aquel Tribunal.

La verdadera situacion es la siguiente: El golpe de Estado era necesario de todo punto, vista la estremidad á que habian venido las cosas. La situacion, sin embargo, es peligrosísima. El peligro no está en la revolucion que brama en los barrios bajos: el peligro está en la actitud hostil de la clase media y de las falanges parlamentarias, que, ciegas é imprudentes, no ven que su triunfo es el único imposible, y que su hostilidad solo puede servir para desencadenar, como se están desencadenando, las tempestades revolucionarias. La imaginacion se confunde al ver que los mismos hombres que, pocos meses ha, hubieran recibido con agradecimiento un golpe de Estado, hostilizan hoy al que lo dió, resignados á dejar sus cuellos en trofeos al Socialismo, si con ello consiguen humillar al que los ha humillado.

El peligro, en una palabra, es este: Un gran vacío se forma al rededor del Presidente de la República: y ese vacío puede perderle, porque puede sofocarle. Esto es lo que constituye la dificultad de la situacion, la cual es un verdadero círculo vicioso: es difícil vencer sin apoyo moral de los hombres notables; y sin vencer, es difícil tener este apoyo.

Hay, sin embargo, esperanzas. El ejército hasta ahora se muestra fiel y decidido. El Presidente, solo y todo como está, se muestra firme en sus designios, arrojado en sus decisiones, grande en su perseverancia: si á favor de estas virtudes llega á triunfar, adquirirá renombre eterno en la historia. Pero, aun supuesto su triunfo, vendrán despues dificultades inmensas: cuáles sean estas, ya tendré ocasion de manifestárselo á Vd.; hoy me parecería ocioso, cuando el triunfo es todavia una cosa tan incierta.

Suyo afectisimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 10 de Diciembre de 1854.

Muy señor mio: Si quiere Vd. recordar el contenido de todas mis anteriores, observará que todos mis pronósticos se han cumplido. Yo anuncié, muy desde el principio, que la crisis de 1852 se resolvería en 1854; y en 1851 se ha resuelto: que solo la fuerza podría dar salida á la situacion; y se la ha dado la fuerza: que la fuerza no podría venir del Parlamento, sino del Presidente, si venia pronto, ó de la revolucion, si venia tarde; y ha venido pronto, y del Presidente: que el liberalismo parlamentario seria el vencido en la contienda; y en la contienda no ha habido mas que un vencido, el liberalismo parlamentario.

No recuerdo estas cosas por complacencia vana, sino porque para mis pronósticos futuros he menester de la poca ó mucha autoridad que pueda darme el acierto en mis pronósticos pasados.

El golpe de Estado, que ha dado salida á una situacion que parecia no tener salida ninguna, es, entre cuantos nos refiere la historia, el que prueba en su autor mayor prudencia y mayor audacia. De su audacia nada diré, como quiera que los hechos por sí mismos la estan publicando á voces; y para encarecer lo que el golpe tiene de secreto y de prudente, me bastará manifestar á Vd. que ninguna noticia tuvo de él el General que le habia de dar,

hasta el momento de darle; y que nada supieron los Ministros sino por una carta del Presidente, escrita cuando el golpe estuvo dado. En lo prudente y secretísimo, ningun otro acto puede comparársele sino el famoso de la espulsion de los Jesuitas de España.

Considerada bajo otros puntos de vista esta revolucion, porque lo que ha habido aquí es una revolucion verdadera, no deja de tener cierta semejanza con aquella otra en virtud de la cual Roma pasó de la República al Imperio. Entonces como ahora, habia varios pretendientes á la usurpacion suprema, y un Senado compuesto de eminentísimos ciudadanos, que luchaban generosamente. Entre los pretendientes, habia uno, cuyo principal título á la dominacion era ser sobrino de César, el mas grande entre los héroes antiguos; asi como, entre los pretendientes en Francia, ha habido uno, cuyo principal título á la dominacion ha sido ser sobrino del mas grande y mas ilustre de los Capitanes modernos. En Francia ha vencido el pariente de Napoleon, como en Roma el pariente de César. Augusto, para triunfar, buscó dos puntos de apoyo: el ejército y el pueblo: Luis Napoleon le ha buscado en el sufragio universal y en las armas: aquel salió vencedor por el pueblo y por el soldado; este por las armas y por el sufragio de todos. El Senado de Roma era el representante legítimo de las clases ilustradas, que lo eran á la sazón las clases nobles: el Parlamento Frances era el representante legítimo de la civilizacion francesa, que reside en las clases acomodadas. Augusto salió vencedor de sus rivales y del Senado: Luis Napoleon, de sus rivales y del Parlamento. Viose entonces en Roma levantarse la opinion popular, á manera de viento impetuoso, contra la divina elocuencia de sus grandes Oradores: Ciceron entregó su noble garganta al cuchillo, y su cabeza fué clavada en la misma Tribuna que habia sido teatro de su elocuencia y de su gloria. Las mismas ráfagas impetuosas del mismo viento popular se habian levantado aquí contra los dominadores de la Tribuna, y contra los reyes de la palabra; y París ha visto, sin comoverse, á Mr. Berryer y á Mr. Thiers puestos como facinerosos entre dos hileras de agentes de policía, y entre dos hileras de soldados. Por último, si no fuera cosa agena de la brevedad de una

carta, no me sería difícil demostrar que las mismas causas han producido aquí y allí los mismos efectos; siendo aquellas invencibles, y estos inevitables.

La insurrección ha sido lo que debía ser, siendo la que acabo de manifestar la índole de este golpe de Estado. Las barricadas que se levantaron en París, ni fueron levantadas ni fueron defendidas por la gente popular, que lo ha mirado todo con ojos indiferentes: fueron defendidas y levantadas, por una parte, por los afiliados en las sociedades secretas, que pertenecen indistintamente á todas las clases de la sociedad, y á todas las condiciones; y por otra, por los mas fogosos entre los que pertenecen á las clases acomodadas. Si los insurrectos hubieran tenido la desgracia de triunfar, hubieran visto venir sobre ellos, como canes rabiosos, á las muchedumbres populares, y hubieran perdido en un momento la vida con la victoria. En Febrero de 1848, la República pasó entre Luis Felipe y la Reforma: en Diciembre de 1851, el Socialismo se hubiera abierto paso entre el vencido y los vencedores, la sociedad francesa se hubiera disuelto, y la Europa estaba perdida. Esta insurrección es una prueba mas de la ceguera incurable y de la incapacidad radical que aqueja, aquí como en todas partes, á aquellas clases de la sociedad que están puestas entre las altas y las bajas: esas clases, hoy dominantes en Europa, están desposeídas de las dos calidades que hacen posible un Gobierno: la de la obediencia, y la del mando: no sabiendo, ni mandar á los que obedecen, ni obedecer á los que mandan, no hacen otra cosa sino agitar á la sociedad, y obligarla á buscar un refugio ó un remedio en la Dictadura ó en las revoluciones. Todos los pueblos en que son esas las clases dominadoras, oscilarán perpétuamente entre la Dictadura, remedio de la anarquía, y la anarquía, remedio de la Dictadura.

La noticia del golpe de Estado y de la insurrección en París ha producido en los Departamentos trastornos menores de los que hubieran podido imaginarse: cuasi todos ellos prestan obediencia al Gobierno central, gracias, por una parte, á la rapidez y á la decisión con que obra la fuerza pública, y por otra, al convencimiento

general de que, fuera del Presidente, no hay para la Francia sino catástrofes y abismos. Esto no obstante, en algunos Departamentos del centro y del mediodía hay insurrecciones parciales de proletarios; los cuales se han entregado con frenesí al despojo, al asesinato, y al incendio: despojan á los pudientes, asesinan á los honrados en sus propios domicilios, é incendian cuanto puede ser devorado por las llamas: algunas poblaciones pequeñas, caídas en su poder, padecen todos los horrores de ciudades entradas á saco por bárbaros é inclementes conquistadores.

Estas centellas dan bien á entender lo que se preparaba para el año de 1852, y lo que en 1852 se hubiera realizado, si el Presidente de la República no hubiera precipitado la crisis. Ninguno que no esté ciego, podrá dejar de horrorizarse al considerar lo que hubiera sido de la Francia si, por una parte, el Socialismo hubiera estallado concertadamente, y por otra, hubieran estado próximos á espirar todos los poderes públicos en medio de estos horribles estallidos: cosas ambas, que se hubiera realizado por necesidad, si las cosas hubieran tenido un curso normal y sosegado. Por lo demas, á la hora en que escribo estos renglones, las insurrecciones de los Departamentos no presentan tal gravedad, que pueda temerse con fundamento su propagación indefinida.

El peligro mas grave de la situación está, sin ningún género de duda, en el vacío que se forma al rededor del Presidente: en este vacío consiste la conspiración alarmante, la conspiración verdadera. Las clases acomodadas son incapaces de gobernar; y sin embargo, es cosa cierta y averiguada que ningún género de Gobierno es posible hoy día; sin que se componga de los mas notables entre sus individuos. Llamar á sus individuos mas notables á la participación del mando, desposeyendo del mando á la clase á que pertenecen: este es el escabroso problema que se trata de resolver, y que lo pondrá todo en cuestión y en peligro, si por ventura no es resuelto. Usted conocerá cuán árdua y cuán difícil es la solución que se apetece y que se busca: para obtenerla es menester que haya hombres notables que, para gobernar, hagan abstracción de la clase á que pertenecen, de sus instintos anárquicos, y

de sus ideas parlamentarias: cosa difícilísima en todos tiempos, y mas en los que ahora corren: esto no sucede nunca sino cuando el Dictador, vencidos todos los obstáculos y cubierto de laureles, se pone en estado de ofrecer fortuna y proteccion á los que cobija con su sombra. La sombra del Presidente no es todavia bastante grande para cubrir á esos hombres.

La prueba de que en esto consiste la verdadera dificultad y la verdadera cuestion, está en que todos lo han conocido así por instinto. El Presidente se ha apresurado á crear una Junta Consultiva, que ha compuesto, sino de hombres eminentes, porque todos los eminentes le son públicamente adversos, á lo menos de hombres capaces y probos, que no le han faltado hasta ahora. La misma precipitacion que el Presidente ha puesto en publicar esta lista, han puesto muchos de los que la componen en protestar contra su voluntad declarada. El Presidente á su vez se ha negado, á un tiempo mismo, á hacer pública esta declaracion, á recibir esta protesta, y á borrar los nombres de los protestantes, de su lista: causa, como Vd. puede conocer, de grandes escándalos y de malignos rumores. Entre estas protestas, la mas importante, por venir de un ex-Ministro grandemente popular en los Departamentos, es la de Mr. Leon Faucher, que ya verá Vd. en los periódicos: por ella verá Vd. cuál es el estado de los ánimos, cuál la corriente de la opinion pública en el momento en que escribo. El único hombre eminente que hasta ahora ha dado su consentimiento de una manera esplicita al llamamiento de Luis Napoleon, es el Conde de Montalembert, que, superior á todos los partidos, y despreciador de las auras populares, no ha vacilado en hacer el sacrificio de su popularidad y de su reputacion, apoyando noblemente al único hombre que puede hoy dar á la Francia Gobierno y reposo. La intervencion del Conde de Montalembert en los negocios ha comenzado ya á dar sus frutos: por un Decreto del Presidente, el templo de Santa Genoveva, profanado por la revolucion hasta el punto de haberle convertido en Panteon de hombres á quienes la impiedad llama *grandes*, y que no lo son sino por las ruinas que hicieron, ha sido consagrado otra vez al culto divino.

El Clero ha recibido esta reparacion con reconocimiento y aplauso. Siguiendo por estas grandes vias católicas, el Presidente podrá, al cabo de cierto tiempo, contar con las tres fuerzas mas vigorosas y expansivas del mundo: la de la Religion, la del ejército, y la del pueblo.

Entretanto, fuerza es confesar que las dificultades que el Presidente de la República debe combatir y debe vencer para afirmar su poderio en fundamentos sólidos, son inmensas. Poner en el lugar en que todas las cosas antiguas existian, todas las cosas nuevas que deben reemplazarlas; templar la fiebre política que exalta los ánimos de todos; estirpar las utopias socialistas, reprimir los impulsos demagógicos; atajar los ímpetus revolucionarios; quitar á la Francia la vida de que vive, y ocupar su actividad de otra manera, no sea que sobrevenga la parálisis y la muerte; y acometer tantas empresas y tan grandes, seguido de pocos, mal mirado de los mas, y combatido por muchos ardorosamente, es una empresa, amigo mio, que causa pavor al mas animoso, y que hasta en los mas intrépidos pone miedo y espanto. Cuando á todas estas consideraciones se allega la de que hoy miles de puñales se afilan, y miles de brazos se levantan para herir al que llaman *tirano* los facciosos, no hay alma ninguna que no se bañe de tristeza, por grande que sea y constantísima. El porvenir es tan incierto, lo venidero es tan oscuro, su oscuridad es tan densa, que seria empeño temerario querer rasgar sus velos impenetrables. Ese porvenir solo es claro para Aquel ante cuyos ojos todo es luz, hasta la sombra. No hablaré, pues, del porvenir en estos momentos, contentándome solo con someter á la sagacidad de Vd. algunas indicaciones.

De cualquiera manera que se considere lo que en Francia acababa de pasar, en lo que todos no pueden menos de estar conformes, es en que lo que acaba de pasar es el fin de la revolucion de 1848, y la supresion de la crisis de 1852. Es posible que nuevas crisis sobrevengan, y que sobrevengan nuevas revoluciones; empero aquella crisis se conjuró, y tuvo fin aquella revolucion ignominiosa. Nadie sabrá decir si en definitiva será el Presidente vencedor, ó si una revolucion habrá de ser vencedora: todos, sin embargo,

pueden asegurar lo siguiente: Si el Presidente es vencido, su vencimiento será la señal de un cataclismo general en Europa: si el Presidente es vencedor, trabajará, al principio, para sí; y después, sin quererlo y sin saberlo, para otros que están ahora vencidos, y que serán después vencedores. Todo esto en virtud de la perpétua ley de rotación á que están sujetas todas las cosas humanas. La Dictadura da la mano al Imperio; el Imperio á la Monarquía. El espectador que esté inmóvil, verá girar perpétuamente delante de sí ese gran círculo con esos tres grandes aspectos de su gran circunferencia.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 24 de Diciembre de 1851.

Muy señor mio: El estado de mi salud, que es lamentable de pocos dias á esta parte, no me permite estenderme hoy en las consideraciones políticas que tengo de costumbre. Un resumen de ellas me bastará para que Vd. con su sagacidad pueda formarse una idea cabal de la situación de la Francia.

Las sublevaciones de los Departamentos, en todas partes vigorosamente comprimidas, han dado por resultado fortificar y consolidar la autoridad del Presidente, de dos diferentes maneras: la han fortificado, siendo ocasion de su victoria; y la han consolidado, mostrando á todos los que tienen ojos para ver, oídos para oír, y entendimiento para entender, que el Presidente es hoy el único representante legítimo del orden dentro, y del orden fuera; del orden en la Francia, y del orden en la Europa.

Por otra parte, las acertadísimas providencias adoptadas por el Presidente para restaurar el lustre católico, le han ganado las voluntades del partido católico, que alcanza aquí una grande influencia y un grande poderío, no tanto por el número como por la calidad de las personas que le componen; y sobre todo, porque tiene sobre todos los otros la excelencia de saber á donde va, por donde va, lo que debe pedir, y lo que quiere: cosas todas